

60 AÑOS FACULTAD DE QUIMICA E INAUGURACION EDIFICIO QUIMICA.
Noviembre 21 de 1990

1.- Esta ocasión nos reúne para celebrar los setenta años de la Química en la Universidad Católica, y es también el momento para agradecer y despedir y desear el mejor éxito en sus actividades académicas y en su vida personal a quien ha conducido esta Facultad con tanto acierto en los últimos años, y ha sido impulsor incansable de su progreso.

2.- Quiero ser muy breve en mis observaciones. Lo medular está dicho en la cuenta del decano, la que resume los logros y los desafíos de esta parte de la Universidad. Quiero unirme al recuerdo agradecido a los maestros muertos e insistir en el espíritu de entrega y en el esfuerzo singular que ha presidido a esta creación de la universidad, tal como a muchas otras, porque para nosotros, en esta casa, las cosas no han sido nunca fáciles.

3.- Me gustaría esbozar algunos rasgos de lo que la Universidad espera de su Facultad de Química.

En primer lugar, quisiéramos que en ella tuviera lugar un esfuerzo continuado de investigación. La presencia independiente de la Química en la Universidad, no se justifica si no es en esa perspectiva.

En segundo lugar, quisiéramos que esa investigación no terminara en una Química alejada de las otras disciplinas científicas, sino por el contrario en un desarrollo conectado con las otras ciencias naturales y exactas. En realidad, es ese contacto entre las disciplinas lo que hace que ellas encuentren un sitio especialmente favorable para su desarrollo en la universidad. En el caso particular de la Química, resulta instructivo pensar que uno de los cambios conceptuales que han sido más básicos y que han tenido más amplias repercusiones no sólo en el mundo de las ciencias naturales, sino en el de las ciencias sociales, de nuestro tiempo, se originó en los trabajos de un premio Nobel de Química, Ilya Prigogine.

En tercer lugar, nos gustaría ver que la docencia de esta Facultad sea especialmente cuidada, y que a ella se le dediquen los máximos esfuerzos. Me preocupa el que la docencia de pre-grado no reciba en general en nuestra universidad la consideración y la atención preferente que ella merece. Ella es el núcleo central de la actividad universitaria. Por medio de ella pueden acceder los jóvenes de un país a la comunidad profesional o académica en su caso. Sin esa base no existe docencia de postgrado, y a la larga, no existe universidad. La docencia de pregrado es un desafío especialmente para quienes tienen competencia especializada en alguna disciplina. Es importante que los alumnos más jóvenes sean enfrentados a quienes han hecho una experiencia personal en las disciplinas que cultivan. Mucho más importante que un poco de información adicional que se olvidara o se hara pronto obsoleta, es el testimonio que puede dar un profesor cuya forma de pensar se ha impregnado en la práctica de la

ciencia. Insisto sobre este punto porque no he olvidado que provengo de una facultad científica, y por eso comprendo la reticencia de los hombres de ciencia ante actividades docentes que les parecen elementales y masivas. Pero ese intercambio espiritual es esencial en el desarrollo de los jóvenes, y es inmensamente beneficioso también para los que ya no lo son.

En cuarto lugar, quiero recordar que las ciencias tienen una dimensión práctica, una inserción necesaria en la vida social. Las universidades tienen una tendencia a echar esto al olvido, refugiándose en una presunta pureza académica, como si su actividad. Esta no es una actitud estrictamente nueva. Quiero recordarles que una postura análoga se registró en muchas universidades europeas ante el avance de la nueva ciencia en el Renacimiento. La ciencia volcada sobre la experiencia, la ciencia práctica y útil, estaba demasiado distante de la preocupación académica. Hace pocas semanas inaugurábamos en nuestro Centro de Extensión, la exposición sobre Leonardo Da Vinci. Y yo pensaba, al mirar esa multitud de trabajos teóricos, obras de arte y proyectos técnicos, que eso por momentos parecía el cuaderno de un ingeniero, el de un científico, el de un dibujante, sin dejar nunca de ser el de un artista.

Este recuerdo no es una mera evocación histórica. Los hombres de ciencia de hoy están sumidos en un cambio verdaderamente vertiginoso, que afecta no sólo los datos, los hechos nuevos que emergen diariamente, sino, lo que es más profundo, son actores y testigos de cambios radicales en los paradigmas de la ciencia, de nuevas vías de aproximación al conjunto de la realidad, que pueden ser válidas para las ciencias naturales como para las ciencias sociales. La Cosmología, la Termodinámica, la Matemática, están sufriendo cambios conceptuales de una increíble belleza y notable atractivo. No creo que sea exagerado decir que vivimos un cambio en la imagen del mundo tan radical como fué el del Renacimiento, y evocar ahora esa mutación cultural, es estrictamente pertinente.

Pero eso nos exige una respuesta a la misma pregunta que recorrió al renacimiento, y que es la pregunta por el hombre, el humanismo. Una universidad persigue la formación, la educación de hombres y mujeres. La educación de sus alumnos y de sus maestros, porque ese es un proceso que nunca termina. Es el sentido de esa educación, lo que le puede dar una base profunda, una unidad indestructible a la variedad de temas y de personas que se encuentran en una universidad. Yo sé que en el trabajo de cada día se hace difícil, a veces imposible, recuperar ese sentido profundamente humano que tiene toda nuestra ocupación. Pero nuestro trabajo de especialistas en una universidad, y especialmente en una universidad católica, no tendría sentido alguno si no fuera por su referencia al hombre.

Hace unos días recordaba hablando en las Jornadas de Postgrado, que la ventaja de la vida en comunidad es que nadie puede presumir tener todos los atributos necesarios a una tarea, y nadie puede presumir tampoco que no necesita de la crítica y de la orientación que dan los otros. Creo que nuestro humanismo, basado en una visión del sentido trascendental del hombre, es también un humanismo social, porque si somos hombres es porque podemos saber los unos de los otros,

porque estamos llamados a entendernos. Lo recuerdo en los momentos en que está fresco todavía el recuerdo de un conflicto doloroso, del que tenemos que sacar lecciones duraderas. Ninguna tarea común tiene posibilidad de sobrevivir si no está asentada en un cuidado solícito por la comunidad que la realiza. En verdad debemos darle gracias a Dios porque nos ha recordado el imperativo de construir una convivencia humana fraternal entre nosotros. En la medida en que los hombres participan en la unidad, ellos participan en la vida misma de Dios. Y ese es un bien mayor que cualquier otro que pudiéramos mencionar.

Así, la investigación especializada se da la mano con la educación y el humanismo, y la invención e innovación tecnológica, y encuentran todos su sentido en la obra trascendental que le encomendado Dios al hombre en esta tierra.

Me pareció que era del caso utilizar estos minutos de conmemoración y agradecimiento para insistir sobre estas dimensiones esenciales de nuestro trabajo cotidiano.